



Machado de Assis, «La Pasión de Jesús»

Machado de Assis, «A Paixão de Jesus»

Machado de Assis, «The Passion of Jesus»

Traducido por MANUEL BARRÓS¹

Pontificia Universidad Católica de Perú. Av. Universitaria 1801, San Miguel, 15088. Lima, Perú

Dirección de correo electrónico: mfbarrosa@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2176-6059>

Recibido: 28/3/2020. Aceptado: 15/9/2020.

Cómo citar: Machado de Assis, «La Pasión de Jesús», trad. Manuel Barrós, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 23 (2021): 653-658.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.23.2021.653-658>

PRESENTACIÓN

Joaquim Maria Machado de Assis (Río de Janeiro, 1839-1908) es reconocido como un autor fundamental en la literatura brasileña. Su presencia ha trascendido en el desarrollo de las letras de su país por ser fundador y primer presidente de la Academia Brasileña de Letras, pero, sobre todo, por la singular manera en la que cultivó sus distintos temas en el transcurso de su trayectoria literaria. Al leer sus novelas, cuentos, crónicas o poemas, se advierte que uno de aquellos temas, lo bíblico, es una preocupación ciertamente profunda y constante. Pero no lo aborda de una manera conservadora, pasiva o contemplativa. Más bien, su incorporación estética se da bajo una postura personal que, a su vez, es sutil y conocedora, inquisitiva e irónica, reveladora y filosófica.

¹ Sociólogo, investigador y traductor. Licenciado en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Como traductor, ha publicado versiones de distintos escritores y poetas en revistas del mundo. Con Óscar Limache ha publicado *Doze noturnos da Holanda / Doce nocturnos de Holanda* (Ediciones Andesgraund, 2016; 2018), de Cecília Meireles; y *Na pata do cavalo há sete abismos / En la pata del caballo hay siete abismos* (Editorial Cronos; La Apacheta Editores, 2021), de Clarissa Macedo. Desde 2010, forma parte del Proyecto Tabatinga de Traducción Literaria. Entre 2015 y 2018, coeditó la revista *Diente de León*. Desde 2016, codirige la colección Lengua Ilusa.

Estos rasgos pueden encontrarse, por ejemplo, en libros como *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881), *O alienista* (1882) o *Dom Casmurro* (1899). Entre otros, estos tres permiten entrever una muestra del ideario sobre dicho tema. Porque, antes que nada, se trata de un Machado de Assis lector de la Biblia: fino crítico de lo místico en su dimensión más profunda y del trasfondo humano en una diversidad de matices presentes en aquel libro. Los pasajes bíblicos aludidos desde la intertextualidad o los reescritos con aparente sencillez muestran que el autor va más allá de la creencia que alguien podría o no compartir. Como autor, no buscaba fundamentar o profesar una fe, sino cultivar el pensamiento en torno a ella de la manera más propicia posible según la obra de turno en la que, de uno u otro modo, dialogó con la Biblia.

En ese sentido, la presente traducción da a conocer por primera vez en español la crónica «A Paixão de Jesus». Publicada originalmente en el *Jornal do Comércio*, de Río de Janeiro, el primero de abril de 1904, el texto fue escrito por el autor en los últimos años de su vida. Por lo mismo, esta publicación no solo muestra el tratamiento del tema desde una de las facetas poco explorada por los traductores hispanoamericanos de Machado de Assis. También procura llamar la atención del lector sobre esta dimensión de su obra. Más que como un punto de partida, léase esta crónica como una ocasión para el reencuentro. Que sea este uno de los tantos motivos para releer a Machado de Assis.

«LA PASIÓN DE JESÚS»

Quien relea en este día a los evangelistas, por más que los lleve en el corazón o en la memoria, encuentra una conmoción nueva en la tragedia del Calvario. La tragedia es vieja; los sucesos que la componen van desde la prisión de Jesús hasta la condena judía y la sanción romana; las horas de aquel día terminaron en la noche del viernes, pero la conmoción sigue siempre nueva, por más que los siglos se hayan acumulado sobre tales libros. La causa, independiente de la fe que enciende el corazón de los hombres, bien puede decirse de dos órdenes.

No hace falta hablar de una. La historia de aquellos que, en los tiempos venideros, fueron profesando a Jesús, padeciendo y muriendo por Él, y el gran espíritu soplado del Evangelio al mundo antiguo, la fuerza de la doctrina, la fortaleza de la creencia, la extensión de los sacrificios, la obra de los místicos, todo se acumula naturalmente delante

de los ojos, como efecto de aquellas páginas primitivas. No por nada salta a la vista el furor de los que combatieron, para la posteridad, por las máximas cristianas oídas, escritas y guardadas, alguna vez olvidadas, otras desentendidas, pero terminando siempre por animar a las generaciones de fieles. Sin embargo, todo esto que será la historia ulterior, es dominado en este día por la sencilla narración evangélica.

La narración basta. Allá va la entrada de Jesús a Jerusalén, escogida para el drama de la pasión. El camino había terminado. Las enseñanzas del joven profeta recorrían las ciudades y las aldeas, y todos se podían decir compendiados en aquel sermón de la montaña, que, con palabras sencillas y llanas, expresaba una doctrina moral, la humildad y la resignación, el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, la plegaria por aquello que calumnia y persigue, la limosna a escondidas, la oración secreta. En esa prédica de la montaña los profetas y la ley son profesados, pero la reforma es proclamada a los vientos de la tierra. En ella está la promesa del bien a los que sufren, el consuelo a los que lloran, la justicia a los que de ella tengan hambre y sed. Jerusalén está destinada a verlo morir. Fue después de la entrada, cuando la gente del pueblo corrió a recibir a Jesús, cubriendo el suelo de palmas y ramos y aclamando el nombre de aquel que venía a traerles la buena nueva, fue desde entonces que los escribas y fariseos procuraron perseguirlo y darle muerte, no haciéndolo sin demora, por miedo al pueblo que recibía a Jesús con hosannas de amor y de alegría.

Entonces, Jesús reanudó sus actos y parábolas, mostrando lo que era y lo que traía en el corazón. Los fariseos vieron que él expulsaba del templo a los que allí vendían y compraban, y oyeron que pregonaba en el templo o fuera de él la doctrina con la que venía a extirpar los pecados de la tierra. Alguna vez las imprecaciones que le salían de la boca eran contra ellos mismos: «Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque devoráis las casas de las viudas haciendo largas oraciones...» — «Ay de vosotros, escribas y fariseos, porque limpiáis lo que está por fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de robo y de inmundicias...» — «Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque rodeáis el mar y la tierra para ganar un nuevo prosélito, y después de haberlo hecho, lo volvéis dos veces más digno del infierno que vosotros». Así bramaban contra los que ya habían salido de ahí alguna vez, a otras partes, con el fin de engañarlo y enredarlo y oyeron que él los penetraba y respondía con lo que era acertado y debido. Las imprecaciones continuaron así muchas y ásperas, pero envueltas con ellas el alma buena

y pura de Jesús volvía a aquella dulce y familiar metáfora contra la ciudad de Jerusalén: «Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como una gallina recoge debajo de las alas a sus polluelos, y tú no lo quisiste!».

La diferencia que hay entre el lenguaje grave y duro y aquel sermón de la montaña, en el que Jesús incluyó la primera e ingenua oración de la futura iglesia, muestra claramente la desesperación del joven profeta de Nazaret. No estimaba esperar a los hombres que a tal punto abusaban del templo y de la ley, y, en nombre de ambos, se ajustaban la máscara de la piedad para atraer a los que buscaban las antiguas doctrinas de Israel. Sabiendo que debía morir a manos de ellos, ciertamente no les quiso negar el perdón que llegaran a merecer, sino condenar en ellos la obra de la iniquidad y de la perdición. Todo el mal reciente de Israel estaba en los que, falsamente, se hacían pasar por defensores del bien antiguo.

La conmoción nueva que encontramos en la narración evangélica comprende el espacio narrado de la cena a la muerte de Jesús. Judíos futuros, aún hoy en día, al paso que niegan la culpa de su raza, confiesan no poder leer sin dolor esa página sombría. En verdad, la melancolía del drama es grande, no menor que la del propio Cristo, cuando declara tener el alma mortalmente triste. Fue ya después de la cena, en aquel huerto de Getsemaní, a solas con Pedro y dos más, mientras los otros discípulos dormían, fue allí que él confesó aquella profunda aflicción. Ya había predicho la proximidad de la muerte. La aversión de los escribas y fariseos, que iba creciendo con el poder moral del Nazareno, puso en acción el deseo de llevarlo a juicio y al suplicio, y cumplir así el preuncio del joven Maestro. Todo fue consumado: la noche no acabó sin que, por la traición de Iscariote, Jesús fuera llevado a la casa de Anás y Caifás y, por la negación de Pedro, se viera abandonado por sus amigos. Él había predicho los dos actos, que uno pagó con el suicidio y el otro con las lágrimas del arrepentimiento.

Tal vez ambos pudieron ser eximidos, no menos el primero que el segundo, por más que el grupo de los discípulos escondiera al Maestro a ojos de los enemigos. Si así fuera, el suplicio sería igualmente adecuado, pero la tragedia divina no tendría aquella nota humana. No todo es lealtad, no todo es resistencia en la misma familia.

Después de todo, la parte humana nació no ya en aquellos que debían amor a Jesús, sino en los que lo perseguían; tal fue ese proceso de pocas horas. Jesús oyó el interrogatorio de sus actos religiosos y políticos. Era acusado de querer destruir la ley de Moisés y no aceptar la dominación

romana, actuando como Rey de los Judíos. «Maestro, ¿debemos pagar el impuesto al César?», le habían preguntado antes, para arrastrarlo a decir alguna palabra de rebelión. La respuesta —una de tantas palabras que pasaron de aquellos libros a las lenguas de los hombres— fue que era necesario dar al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios. Caifás y el Consejo terminaron condenándolo; para el crimen político y para la pena de muerte era necesario Pilatos. Según el sacerdote de la ley, era necesario que un hombre muriera por el pueblo.

Al final, Pilatos fue la nota humana, y acaso la más humana de todas. Ese magistrado romano, que, después de interrogar a Cristo, no le encuentra ningún delito; que, aun queriendo salvarlo de la muerte, piensa en soltarlo por el derecho que le correspondía en tal ocasión, pero le consulta al pueblo, y escucha de este que suelte a Barrabás y condene a Jesús; que obedece al clamor público, y hace la única salvedad de lavarse las manos inocentes de tal sangre; ese hombre no finge siquiera la convicción. La consciencia brama contra el crimen que le quieren imponer, pero la flaqueza cede a los que lo piden, y entrega el acusado a la muerte.

La muerte, final de la Pasión, término de una vida breve y plena, fue cercada por todos los elementos que la podían hacer más trágica. La risa dio las manos a la ferocidad, y el látigo se alternó con la corona de espinas. Hicieron del profeta un rey de plaza, con la púrpura en los hombros y la vara en la mano. Vinieron injurias por actos y palabras, agravante del suplicio dado entre dos ladrones; pero aún nos falta algo para completar la parte humana de aquella escena última.

Las mujeres vinieron a rodear el instrumento del suplicio. Con otro ánimo que alguna vez les faltó a los hombres, ellas trajeron el consuelo y la paciencia a los pies del crucificado. Ningún egoísmo las mantuvo distantes, ningún temor las hizo estremecer de susto. La piedad era como un alma nueva infundida en aquellos cuerpos hechos para ella. Con los ojos en los últimos destellos de vida, que estaban por salir de aquel cuerpo, aguardaban que este fuese amortajado y sepultado para que le den los bálsamos y los perfumes.

Tal fue la última nota humana, dulcemente humana, que completó el drama de la estrecha Jerusalén. Ella y todo lo que sucedió entre la noche de un día y la tarde de otro completaron el prefacio de los tiempos. La doctrina producirá sus efectos, la historia será deducida de una ley, superior al consejo de los hombres. Cuando nada hubiera o ninguna

fuera, la simple crisis de la Pasión era más que suficiente para dar una conmoción nueva a los que leen en este día a los evangelistas.

FUENTE DEL ORIGINAL

Machado de Assis (1992), «A Paixão de Jesus», en *Obra Completa*, org. Afrânio Coutinho, vol. III, 1a. edição, 1959, 8a. impressão, ilustrada, Río de Janeiro, Editora Nova Aguilar, pp. 1021-1023, publicado originalmente en *Jornal do Comércio*, Río de Janeiro, 1 de marzo de 1904, en <https://www.revistas.usp.br/eav/article/view/146451/140127> (fecha de consulta: 10/1/2020).